



Pascua 2017

Esta columna apareció por primera vez en la Crónica Diocesana del 20 de Abril de 2014.

La muerte nos espera a todos- “el último enemigo a destruir”, dice San Pablo. Pero ha sido destruido en la resurrección del “Cordero inmolado que vive para siempre.” Jesucristo “rompió las barras de la prisión de la muerte y resucitó victorioso de la tumba”, y “en su resurrección ha resucitado la vida de todos.”

Con el comienzo de la Vigilia de Pascua, el recientemente iluminado cirio pascual y las

velas encendidas de los fieles hacen que la oscura iglesia brille con “un fuego dividido en muchas llamas, sin embargo, nunca se apaga por compartir su luz.” “El amor de Cristo nuestra Luz” que destruye la muerte no disminuye al pasar de un corazón a otro, ni tampoco su llama en nosotros se extinguirá cuando la pasamos para brillar en el corazón de otro.

En la mañana de Pascua esa luz—la Luz del Amor Divino en el corazón humano de Jesús—estalló desde la tumba; por los siglos desde entonces, las tinieblas de este mundo nunca la han superado. Durante la temporada de Pascua, me pongo ante esa luz cada día con las antiguas palabras de Isaac de Nínive:

Oh Cristo, que estás cubierto de la luz
 como si fuera una túnica,
 que por mí causa
 estuviste desnudo ante Pilato,
 vísteme con esa fuerza
 la misma con que cubriste a los santos,
 con que conquistaron este mundo de lucha.
 Que tu divinidad, Señor,
 se plazca en mí
 y me guíe encima del mundo
 para estar contigo.

Oh Cristo, a quien los muchos ojos de los
 querubines son incapaces de mirarte
 por la gloria de tu rostro,
 aun por amor recibiste escupitajos
 en tu cara;
 elimina la vergüenza de mi cara
 y concédeme una cara abierta ante Tí
 en el momento de la oración.

Que el Señor Resucitado responda tus oraciones y te de una participación cada vez más profunda en su victoria sobre la muerte.